

1. Charles Tilly, *From Mobilization to Revolution*. Nueva York, Random House-McGraw-Hill Publishing Co./Reading (Mass.), Addison Wesley Publishing Co., 1978.

Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA
edgcalle@hum.uc3m
(Humanidades. U. Carlos III)

El reciente fallecimiento del sociólogo e historiador Charles Tilly (Lombard, Illinois, 1929-Bronx, Nueva York, 2008) puede servir de pretexto para recordar una trayectoria investigadora sin duda excepcional, plasmada a lo largo de medio siglo en más de 600 artículos y 51 libros y monografías¹, que le convirtieron en el más influyente especialista en el análisis de la confrontación política en su relación con los grandes procesos de cambio social. Su audiencia mixta de historiadores interesados en sus métodos de análisis innovadores y de sociólogos que buscan modelos alternativos de acción colectiva y estrategias de investigación histórica que den respuesta a las cuestiones teóricas se explica en buena parte porque empleó un lenguaje ambivalente, pero razonablemente comprensible, y una metodología que siempre aspiró a situarse en el cruce entre la historia y la sociología². Su trayectoria intelectual puede ser contada como un dilatado tránsito desde el reduccionismo estructuralista de sus orígenes hacia lo que él mismo llamó “realismo relacional”: una nueva perspectiva de observación donde las transacciones, los vínculos sociales y las conversaciones se convertían en el tejido constitutivo de la vida social³.

La gestación de la obra

En el momento de iniciar su carrera docente en las universidades de Delaware, Harvard y Toronto a lo largo de la década de los sesenta, el estudio de la acción colectiva seguía hegemonizado por el paradigma durkheimiano-funcionalista, que hacía derivar todo tipo de acción no pautada de oscuros estados anómicos fruto de la

¹Sus publicaciones más representativas, en su CV de marzo 2008 (<http://www.ssrc.org/essays/tilly/wp-content/uploads/2008/05/bibliography-tilly-cv.pdf>).

²HUNT, Lynn: “Charles Tilly’s Collective Action”, en Theda SKOCPOL (comp.): *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambridge, Cambridge U.P., 1984, p. 266.

³TILLY, Charles: *Explaining Social Processes*, Boulder, Paradigm Press, 2008, pp. 6-7. El tránsito ontológico, en HOGAN, Richard: “Charles Tilly Takes Three Giant Steps from Structure Toward Process: Mechanisms for Deconstructing Political Process”, *Contemporary sociology*, vol, XXXIII, nº 3, mayo 2004, pp. 273-277.

desorientación social. Ciertamente, algunos especialistas, como James Chowning Davies con su teoría de la “curva en J” o Ted Robert Gurr con su teoría de la “privación relativa”, habían tratado de renovar esta perspectiva analítica asumiendo parte de las teorías clásicas de la revolución elaboradas por Marx y Tocqueville, y erigieron el incremento del nivel general de las aspiraciones y la frustración de las expectativas en los factores clave del cambio sociopolítico radical; es decir, presentaron la miseria y la explotación como causas y móviles de un descontento que los actores no elaboraban de forma racional ni deliberada, sino que “explotaba” de forma inopinada a partir de oscuros “estados mentales revolucionarios” que atenazaban a toda o parte de la sociedad⁴. Aunque Gurr trató de incorporar a su análisis del conflicto elementos de contexto como la institucionalización social, las estructura de oportunidades y la legitimidad de los regímenes políticos, el paradigma funcionalista renovado seguía sin poder explicar de modo satisfactorio de qué modo los sentimientos individuales de privación se transformaban en acción colectiva, lo que llevaba a la conclusión de que los fenómenos sociales nunca podían ser explicados en términos de simple psicología individual. Este aserto se hizo evidente en las luchas en pro de los derechos civiles y en contra de la guerra de Vietnam, que comenzaron a ser consideradas desde otra perspectiva: como intentos racionales y justificados de obligar al gobierno norteamericano a responder a las necesidades e intereses legítimos de los ciudadanos. Se abrió entonces paso el análisis de la acción concertada como un comportamiento deliberado y racional, dirigido hacia el cambio social.

Cuando los investigadores sociales comenzaron a aplicar la perspectiva de la elección racional, sistematizada en 1965 por el economista Mancur Olson⁵, las viejas teorías psicologistas fundamentadas en la ira, la emoción o la frustración comenzaron a caer rápidamente en el descrédito. Por ese entonces, Tilly estaba enfrascado en la Universidad de Michigan en el procesamiento estadístico de ingentes series de acontecimientos conflictivos de la historia de los estados nacionales europeos, y trataba de enlazar su énfasis original en la urbanización (muy presente en su tesis

⁴DAVIES, James Chowning (ed.): “Toward a Theory of Revolution”, *American Sociological Review*, vol. XXVII, n° 1, febrero 1962, pp. 5-19 (reimpreso en I.K. FEIERABEND, R.L. FEIERABEND y T.R. GURR [eds.]: *Anger, Violence, and Politics. Theories and Research*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1972, pp. 67-84; H. LAWRENCE ROSS [ed.], *Perspectives on the Social Order*, Nueva York, McGraw-Hill, 1963, pp. 437-450 y J.C. DAVIES [ed.]: *When Men Revolt and Why. A Reader on Political Violence*, Nueva York, The Free Press of Glencoe y Washington, American Political Science Association, 1971, pp. 135-147) y GURR, Ted Robert: *Why Men Rebel*, 3ª reimpr., Princeton, Princeton U.P., 1971. Para una valoración de estas teorías, GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el uso deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*, Madrid, CSIC, 2002, pp. 113-140.

⁵OLSON, Mancur: *The Logic of Collective Action. Public Goods and the Theory of Groups*, Cambridge, Harvard U.P., 1976.

doctoral sobre la Vendée⁶) con los efectos que podían tener amplios procesos históricos transeculares, como el capitalismo y la formación del Estado nacional, sobre la política de confrontación colectiva. Tilly procedía de una tradición estructuralista labrada de su formación en la escuela de los *Annales* y de la interpretación que su maestro Barrington Moore Jr. había hecho de las teorías de Marx, pero en el curso de sus trabajos descubrió la necesidad de tener en cuenta las interacciones estratégicas. En su estudio de las huelgas en Francia de 1830 a 1868 que culminó en la obra realizada con Edward Shorter en 1974, y en el análisis de la violencia colectiva de 1830 a 1930 que acabó desembocando en el peculiar libro familiar *The Rebellious Century* (1975) volvió situar las luchas por el control del Estado como el factor desencadenante de la acción colectiva, que a su vez conducía a grandes cambios estructurales⁷. Este fue el origen del “modelo político” que desarrolló en *From Mobilization to Revolution* (1978), donde la elaboración deliberada de las reclamaciones colectivas aparece como alternativa a los “modelos de dificultad” (*hardship model*) propios de la escuela psicologista de la frustración-agresión. Algunas de las secciones del libro surgieron como resultado de un seminario del Center for Research on Conflict Resolution de la Universidad de Michigan, donde el texto fue sometido a un amplio escrutinio entre más de 80 especialistas y colaboradores⁸. Dedicado a Louise Tilly “with love, admiration, and, sometimes, exasperation”, el autor advertía al lector que, a pesar de ser fruto de un detallado proceso de maduración personal y de crítica colectiva, su ensayo seguía teniendo la textura de una “stone soup”, parte de cuyo “producto” seguía sin disolverse después de tan extensa “cocción”.

La crítica a las interpretaciones clásicas de la acción colectiva

Tilly describe la acción colectiva como un concepto dinámico que implica dos grandes tipos de análisis social hasta entonces difíciles de conciliar en un único modelo: las explicaciones causales, que interpretan la acción como el resultado de fuerzas externas al individuo o al grupo, y las intencionales, que presentan la acción como el resultado de la elección de los actores, de acuerdo con unas reglas más o menos explícitas. En su opinión, la acción colectiva encerraba cinco grandes componentes: el *interés* (ganancias y pérdidas en la interacción), la *organización* (aspectos de la estructura del grupo que afecta a la capacidad de acción o los intereses), la *movilización*

⁶TILLY, Charles: *The Vendée. A Sociological Analysis of the Counter Revolution of 1793*, Cambridge, Harvard U.P., 1964.

⁷SHORTER, Edward y TILLY, Charles: *Strikes in France 1830–1968*, Cambridge, Cambridge U.P., 1974 y TILLY, Charles, Louise A. y Richard: *The Rebellious Century (1830-1930)*, Cambridge, Harvard U.P., 1975.

⁸Parte de la obra fue objeto de una publicación preliminar con el título “Revolutions and collective Violence”, en Fred. I. GREENSTEIN y Nelson W. POLSBY (eds.): *Handbook of Political Violence*, Reading (Ms), Addison-Wesley, 1975 vol. III, pp. 483-555.

(proceso en el que un grupo adquiere control colectivo sobre los recursos necesarios para la acción), la *oportunidad* (relación entre el grupo y el mundo que le rodea) y su resultante: la *acción colectiva*, o actuación conjunta en busca de intereses comunes. Desde su perspectiva, existían tres grandes tendencias en el estudio de tan importante fenómeno social: la que situaba a la sociedad coherente como punto de partida del análisis (el funcionalismo), la que concebía al individuo como la unidad social fundamental (el psicologismo y el utilitarismo), y la que partía de las relaciones sociales y hacía derivar de ellas tanto la acción de los individuos como la evolución de las estructuras sociales complejas⁹. No cabe duda de que Tilly se adscribía a este último paradigma, pero antes de profundizar en él decidió someter a crítica en el capítulo segundo de su libro las premisas teóricas en las que se basaban las cuatro grandes tendencias clásicas de la acción colectiva: el funcionalismo, el utilitarismo, la hermenéutica weberiana y el marxismo.

Durkheim había interpretado la acción colectiva como el resultado de los procesos de integración (por vía de las creencias compartidas) y desintegración social (por vía de la división del trabajo) que podían generar situaciones anómicas, como el crimen, la violencia y la acción colectiva no rutinaria. Las críticas más aceradas de Tilly se dirigen contra los sociólogos y politólogos funcionalistas que en su misma época se proclamaban herederos de la tradición durkheimiana, como Samuel P. Huntington (para quien la irrupción en los procesos modernizadores de dinámicas de cambio social no institucionalizado a través de creencias compartidas generaba el desorden y la posibilidad de una revolución), Chalmers Johnson (que achacaba a los sistemas sociales desequilibrados, a la desorientación de las élites dirigentes y a los acontecimientos precipitantes de la protesta la autoría del cambio revolucionario) o Ted Robert Gurr, para quien la rebeldía colectiva era la suma de los descontentos individuales motivados por la discrepancia entre las aspiraciones y los logros reales, mientras que su incidencia se multiplicaba por las justificaciones de la protesta y la capacidad coactiva de los disidentes¹⁰. Sin embargo, la perspectiva durkheimiana olvidaba analizar la organización y la movilización, mientras que centraba su atención en el interés y la oportunidad, entendida esta última como la presencia o la ausencia de controles sociales que facilitaban o coartaban la acción colectiva. Además de interpretar todo tipo de acción de protesta como una anomalía del sistema, esta tendencia de análisis establecía una separación insalvable entre las causas, el contenido y las consecuencias de las acciones colectivas rutinarias y no

⁹TILLY, Charles: "History, Sociology and Dutch Collective Action", *Tijdschrift voor Sociale Geschiedenis*, n° 15, 1989, pp. 142-157.

¹⁰HUNTINGTON, Samuel P.: *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale U.P., 1968; JOHNSON, Chalmers: *Revolutionary Change*, Stanford, Stanford U.P., 1966 y GURR, Ted Robert: *Why Men Rebel*.

rutinarias, mezclando además de forma indiscriminada el desorden individual y la protesta colectiva¹¹.

John Stuart Mill y los seguidores del paradigma utilitarista basaban la acción colectiva en el estricto cálculo del interés personal, y no prestaban atención alguna al papel de los grupos que (inter)actúan entre el individuo y el Estado. Este último no aparece como un actor social movido por múltiples motivaciones, sino que su misión última es abortar toda oportunidad para acción reivindicativa bajo la coartada del interés común del conjunto de la población. La más clara expresión contemporánea de esta teoría está en modelos microeconómicos de la elección colectiva racional como los elaborados por Albert O. Hirschman o Mancur Olson¹². Incluso no aceptando la permanente racionalidad de las acciones individuales y colectivas, Tilly reconoce que los herederos de Mill han prestado atención preferente a la forja de intereses y al proceso estratégico de toma de decisiones en función de los mismos, pero les reprocha que no hayan estudiado los medios con los que la gente define, articula y hace valer sus intereses, es decir, la organización y la movilización.

Max Weber hacía brotar la acción colectiva de las creencias compartidas. Los grupos sociales se implican en definiciones colectivas del mundo y de sí mismos, y estas definiciones incorporan fines y tipos de conducta, e incluyen justificaciones o desafíos sobre el poder de las autoridades. Pero la teoría weberiana clásica, que destacaba la autonomía inherente a los movimientos y se centraba en las acciones colectivas de los estados nacionales y de las organizaciones complejas (esto es, burocratizadas), no acertaba a explicar de qué modo la gente creaba o se incorporaba a los movimientos de protesta. En suma, la sociología de tradición weberiana analizaba de forma preferente los intereses y la oportunidad, pero trataba con escaso interés la génesis, la organización y las manifestaciones de movilización colectiva, salvo la de los grupos más relevantes vinculados al poder.

Por último, Karl Marx puso el énfasis en la racionalidad de la acción política, pero la hacía provenir invariablemente la organización de la producción y de las solidaridades de clase. El análisis marxista clásico hacía derivar los intereses compartidos y sus cambios de las posiciones comunes y las transformaciones en la organización de la producción. Desde esa perspectiva, la acción colectiva era el resultado de esos intereses compartidos mediados por la estructura interna del grupo y por la interacción con las otras clases sociales. Entre los herederos más o menos reconocidos de Marx, Barrington Moore Jr. clasificó las grandes revoluciones modernizadoras a partir de las distintas combinaciones de clases concurrentes por el poder del Estado, y Eric Wolf analizó la actitud del campesinado ante la expansión

¹¹TILLY, Charles: *From Mobilization to Revolution*, Nueva York, Random House-McGraw-Hill Publishing Co./Reading, Addison Wesley Publishing Co., 1978, p. 23.

¹²HIRSCHMAN, Albert O.: *Exit, Voice, and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations, and States*. Cambridge, Harvard U.P., 1970 y OLSON, Mancur: *The Logic of Collective Action...*

de la economía capitalista¹³. Por su parte, historiadores franceses como Albert Soboul o Georges Lefebvre revisaron las visiones “canónicas” de un proceso revolucionario que se suponía lineal y mantenido exclusivamente por las clases populares, mientras que Eric J. Hobsbawm o Georges Rudé rehabilitaron el valor de las tradiciones a la hora de explicar las movilizaciones de protesta de la plebe preindustrial y Edward P. Thompson determinó el peso de la conducta de los participantes en los conflictos y movimientos sobre el desarrollo de la conciencia de clase¹⁴. Pero Tilly opinaba que los analistas de la acción colectiva desde el punto de vista marxiano habían prestado atención preferente a los intereses materiales y a la organización vinculada con las relaciones producción, se habían mostrado ligeramente interesados en los procesos de movilización y habían olvidado generalmente la incidencia de la estructura de oportunidades.

La elaboración de un modelo secuencial de acción colectiva

Frente a estas explicaciones de la acción colectiva que consideraba incompletas en uno u otro sentido, Tilly se definió como “tenazmente antidurkeimiano, resueltamente pro-marxista, indulgente en ocasiones con Weber y a veces complaciente con Mill”¹⁵. Desde su punto de vista, la acción colectiva no era un fenómeno espontáneo, sino un proceso deliberado de evaluación de costes y beneficios que surgía del desarrollo lógico de los cuatro factores anteriormente descritos: el interés, la organización, la movilización y la oportunidad. A éstos habrían de añadirse otros factores generales, como la solidaridad interna del grupo (cohesión e integración), su autonomía frente al exterior (segmentación o separación respecto de otros grupos sociales), sus capacidades (organización previa y despliegue de un repertorio de acciones conocidas por la gente) y su estructura de oportunidades (aliados exteriores, debilidad del poder, etc.). Tilly consideraba la acción colectiva como un fenómeno histórico, vinculado al desarrollo del capitalismo y del Estado modernos. Por ello, en muchas de sus obras trató de ofrecer una serie de explicaciones a los porqués de la movilización colectiva que implicasen elementos como la construcción del Estado, la expansión del capitalismo,

¹³MOORE, Jr., Barrington: *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Beacon Press 1966 y WOLF, Eric R.: *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Nueva York, Harper & Row, 1969.

¹⁴SOBOUL, Albert: *Les Sans-culottes parisiens en l'an II: mouvement populaire et gouvernement révolutionnaire (1793-94)*, Paris, Clavreuil, 1958; LEFEBVRE, Georges: *La Grande Peur de 1789*, Paris, Centre de Documentation Universitaire, 1932; HOSBSBAWM, Eric J.: *Primitive Rebels: studies in archaic forms of social movement in the 19th and 20th centuries*, Manchester, Manchester U.P., 1959; RUDÉ, Georges: *The Crowd in the French Revolution*, Oxford, Clarendon Press, 1959 y *The Crowd in History: A Study of Popular Disturbances in France and England, 1730-1848*, Nueva York, Wiley, 1964 y THOMPSON, Edward P.: *The Making of the English Working Class*, Londres, Victor Gollancz, 1963 y “The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century”, *Past & Present*, n° 50, febrero 1971, pp. 76-136.

¹⁵TILLY, Charles: *From Mobilization to Revolution*, p. 48.

la industrialización, la urbanización o algún otro gran cambio estructural. Ilustró sus argumentos con la exposición de formas discontinuas de acción colectiva contenciosa, proponiendo estrategias para el estudio de la movilización, la represión, las luchas por el poder y otros procesos similares. En el modelo secuencial que planteaba en *From Mobilization to Revolution*, la acción colectiva se desplazaba desde la percepción de los intereses compartidos (mensurables por las ventajas o beneficios que pueden resultar de la acción conjunta) y la organización de los grupos (delimitada por las identidades, lazos y solidaridades comunes, que aumentan su capacidad de acción coordinada) a la movilización (adquisición del control colectivo sobre los recursos coercitivos, utilitarios y normativos necesarios para la acción), y de allí a la acción colectiva, o aplicación de recursos a fines comunes cuando surgen oportunidades concretas para actuar eficazmente¹⁶. Tilly concebía la acción colectiva como un hecho dinámico, que se va redefiniendo en el curso de la propia actividad reivindicativa: una vez que un grupo se lanza a la acción colectiva en pos de un objetivo, su encuentro con los antagonistas proporciona nuevos modelos de acción, en los que el dominio y movilización de los recursos generan nuevas oportunidades para actuar.

El capítulo tercero pretende ilustrar un grupo de conceptos y modelos procesuales para el análisis de la acción colectiva. En primer lugar, Tilly presenta un sistema o “*modelo político*” compuesto de cuatro elementos fundamentales que giran en torno al poder: el *gobierno* como órgano dotado de los medios de coerción sobre la población, y los *contendientes* (tanto los grupos que tienen acceso al poder como los adversarios) que pueden en ambos casos coordinar la acción colectiva —identificable con la *política*— a través de *coaliciones*. También propone un modelo procesual de la acción colectiva (“*modelo de movilización*”) basado en cinco grandes factores, que no son estáticos, sino susceptibles de mudanza a lo largo del tiempo, y que incluso resultan diferentes en un momento determinado para los distintos grupos y organizaciones sociales y políticas. Los tres primeros son: la articulación de *intereses comunes* (o aspiraciones de un grupo, computadas a través de las pérdidas y ganancias compartidas que resultan de su interacción con los grupos rivales, aunque el grado de conflicto entre intereses individuales y colectivos afecta a la probabilidad y al carácter de la acción colectiva), la *organización* (infraestructura formal — identidad común, estructura unificada, programas— o informal —redes sociales donde se integran los seguidores— capaz de canalizar la acción colectiva) y la *movilización*, o proceso por el cual un grupo adquiere el control colectivo sobre los recursos necesarios para la acción colectiva en torno a una serie de reivindicaciones e ideas compartidas sobre lo que se considera justo e injusto. El proceso de movilización consiste, en esencia, en acopiar recursos e incrementar las reclamaciones colectivas sobre los mismos, reduciendo las reclamaciones de los rivales, alterando el programa de la acción colectiva o cambiando la satisfacción

¹⁶TILLY, Charles: *From Mobilization to Revolution*, pp. 7-10 y 52-55.

obtenida por participar en el grupo en sí. La movilización proporciona el potencial para la acción colectiva, que se transforma en conflicto mediante la interacción entre el grupo desafiante y el desafiado. Entre las variables que facilitan la movilización figuran la presencia o ausencia de competidores sobre los mismos recursos, la identificación del programa de acción con los intereses de cada miembro, y la cohesión interna del grupo movilizado. Tilly diferencia tres tipos de movilización: la *defensiva* aparece como fruto de una amenaza exterior al grupo, que induce a sus miembros a coordinar sus recursos para combatir al enemigo, como sucedía en los conflictos que atenazaban a la sociedad rural tradicional. La movilización *ofensiva* se da cuando los miembros de un grupo unen sus esfuerzos en respuesta a las oportunidades para realizar sus intereses (por ejemplo, durante una revolución), y la movilización *preparatoria* tiene lugar cuando el grupo actúa anticipándose a futuras oportunidades o amenazas (por ejemplo, con una huelga convocada por un sindicato). El mismo proceso de movilización es interactivo, ya que puede transformar los intereses del grupo y su propia organización.

Hasta este punto, Tilly ha expuesto su “modelo de movilización”, que describe la conducta de un contendiente en términos de intereses compartidos, de intensidad de la organización y de capacidad de movilización. Este modelo es esencialmente cuantitativo, ya que se refiere a magnitudes de acción colectiva (medibles en duración, frecuencia y tamaño), recursos y bienes colectivos antes que a sus cualidades. Pero la ausencia deliberada del factor tiempo en el estudio de la movilización elimina del análisis las maniobras y dudas características de toda interacción estratégica

El tránsito desde la capacidad de actuar a los incentivos u oportunidades para la acción lo facilita la otra parte de su modelo de acción colectiva: el “modelo político”, que da cuenta de las relaciones externas de los contendientes con otros actores integrados o no en el orden político; en suma, se ocupa de las coaliciones y luchas que se establecen por la conquista o la conservación del poder. La contienda por un bien tan escaso como el poder se cifra en la aplicación de recursos para influir sobre otros grupos, e implica en la mayor parte de los casos reclamar nuevos recursos a un tipo peculiar de organización política: un gobierno, que controla los principales medios de coerción en el seno de una población.

Las estrategias en torno a la disputa del poder político

El capítulo cuarto se detiene en analizar el conflicto, las modalidades de represión y las distintas manifestaciones de esa lucha por el poder. Ahí entra en juego el cuarto factor básico de la acción concertada: la *estructura de oportunidad*, ya que la relación entre la protesta y el contexto en que se produce siempre es dialéctica: la acción colectiva tiene la virtualidad de poner al descubierto las debilidades del oponente, lo que posibilita la expansión de las oportunidades del propio grupo; facilita la posibilidad de actuar a otros grupos de protesta menos poderosos o con menor iniciativa, que incluyen nuevas formas de acción en su

repertorio, y ofrece incluso oportunidades a sus grupos rivales, generando contramovimientos y aumentando las posibilidades de represión por parte del gobierno y/o de las élites¹⁷. La oportunidad política consta de tres elementos: el *poder* (o extensión en que los resultados de la interacción hagan prevalecer los intereses de unos grupos sobre los de otros con los cuales se está en conflicto¹⁸), la *represión/facilitamiento* (es decir, las acciones que incrementan o reducen el coste de la acción colectiva resultante de la interacción) y la *oportunidad/amenaza*, o grado en que otros grupos, incluido el gobierno, resultan vulnerables a nuevas reclamaciones que podrían, caso de triunfar, realzar o reducir la realización de los intereses de los contendientes.

Los gobiernos se especializan en el control de la movilización y de la acción colectiva a través de la imposición de normas legales, de la extensión y profesionalización de los mecanismos de control social, etc. Tilly hace hincapié en las capacidades coactivas del Estado, aunque distingue entre el volumen y tipo de la actividad represiva y su significado simbólico¹⁹. En todo caso, la voluntad coercitiva de un gobierno es siempre selectiva, y consiste en una combinación de *represión* sobre unos grupos y de *facilitamiento* para la acción de otros en función de su poder y de la escala (intensidad y alcance subversivo) de sus acciones, mientras que la *tolerancia* es el espacio no determinado, esa “tierra de nadie” que suele existir entre las intervenciones coactivas y de facilitamiento de la acción colectiva. Las diferentes modalidades de ejercicio del poder político manifiestan grados de tolerancia muy distintos ante la movilización y la participación colectivas: un *gobierno represivo* coarta la actividad de la mayor parte de los grupos, y facilita la acción de unos pocos; un *régimen totalitario* puede reprimir menos a la disidencia, pero facilita un amplio elenco de acciones hasta el punto de hacerlas obligatorias, de modo que se reduce el campo de acciones toleradas, a la inversa de una *democracia* sólidamente establecida, que ensancha los umbrales de la tolerancia y del facilitamiento sin renunciar por ello a la represión de la disidencia más irreductiblemente violenta. Por último, un *régimen débil* incrementa aún más su umbral de tolerancia, pero facilita menos la acción colectiva, y dirige su represión hacia los grupos menos poderosos, mientras que se muestra impotente o incluso condescendiente ante a las presiones de los fuertes²⁰. En suma, en los regímenes abiertos no se produce demasiado con-

¹⁷Para TILLY, Charles: *Regimes and Repertoires*, Chicago-Londres, The University of Chicago Press, 2006, p. 75, la estructura de oportunidades políticas incluye la multiplicidad de centros independientes de poder dentro del régimen; la apertura del régimen a nuevos actores; la inestabilidad de los alineamientos políticos existentes; la disponibilidad de aliados influyentes o de seguidores; la extensión con la que el régimen reprime o facilita la elaboración de reclamaciones colectivas, y los cambios decisivos entre los factores anteriores.

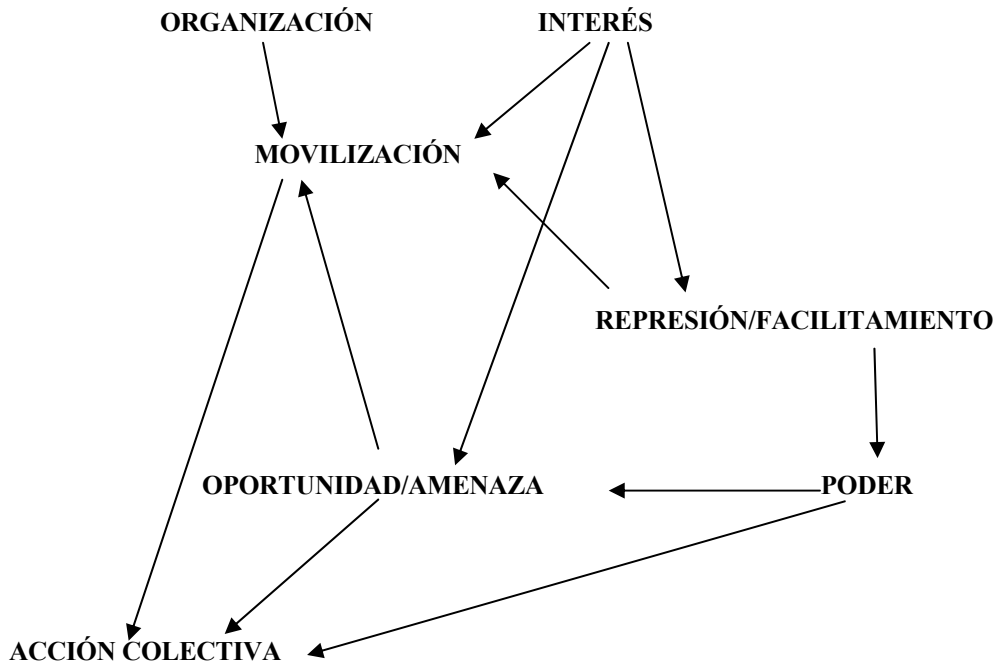
¹⁸TILLY, Charles: *From Mobilization to Revolution*, p. 125.

¹⁹TILLY, Charles: *From Mobilization to Revolution*, p. 104.

²⁰TILLY, Charles: *From Mobilization to Revolution*, pp. 109-111.

flicto violento porque la mayoría de los grupos pueden perseguir sus intereses a través de canales pacíficos y menos costosos de participación política. En regímenes cerrados pueden darse bajos niveles de violencia política de masas, porque la represión del régimen inhibe la protesta contra el Estado o su política. Bajo un régimen altamente represivo, las oportunidades para la movilización política, sea ésta violenta o no, son escasas por el alto coste que acarrearía la misma. En un régimen semirrepresivo, que tolera algunos tipos de acción colectiva pero coarta otras, es posible que las probabilidades de éxito de la acción pacífica sean insignificantes, y que se prefiera la acción violenta. Bajo un régimen no represivo donde las oportunidades para la acción colectiva de cualquier tipo son altas, los costes de la acción pacífica son siempre menores de los que puede acarrear una acción violenta. En suma, el conflicto político violento acostumbra a darse en regímenes parcialmente democráticos o semirrepresivos, que no son tan cerrados como para inhibir la acción colectiva, ni tan abiertos como para posibilitar canales pacíficos de participación.

La desembocadura de este modelo procesual es la *acción colectiva*, que se puede definir como la actuación conjunta de un grupo de personas con el objeto de conseguir intereses comunes. El modelo conjunto, político y de movilización, funcionaría según este esquema:



Modelo conjunto de movilización (TILLY, Charles: *From Mobilization to Revolution*, p. 56)

La textura histórica de los repertorios de acción colectiva

En el capítulo quinto Tilly se aproxima a algunas formas específicas de acción colectiva contenciosa, estudiando cómo varían, cómo se interrelacionan y cómo cambian bajo el impacto de la industrialización, la construcción del Estado y otros grandes procesos de cambio social. Y ello bajo la incidencia de dos premisas fundamentales: que la acción colectiva generalmente implica la interacción con otros grupos, incluidos los gobiernos, y que suele adoptar formas bien definidas y familiares para los participantes. Las condiciones históricas hacen que un grupo social despliegue una conducta bastante diversificada, pero ésta siempre se mueve dentro de un repertorio definido y disponible de acción, que se despliega dentro de los límites planteados por las instituciones existentes, las prácticas y las creencias compartidas. De modo que los participantes en una movilización aprenden, innovan y construyen estrategias en el curso de esa acción, y cada forma de acción colectiva tiene una historia que canaliza y transforma sus empleos subsiguientes. La adopción de nuevos repertorios depende de los estándares de derecho y justicia que dominen entre la población, de sus rutinas diarias, su organización interna, la experiencia previamente acumulada y el tipo de represión que se puede sufrir²¹. La existencia de repertorios de contestación de eficacia contrastada, de redes sociales densas y de una sólida estructura cultural disminuyen los costes de la acción, creando una dinámica de movimiento más amplia y vasta.

En *From Mobilization to Revolution*, Tilly ofrece una clasificación preliminar de las formas de acción colectiva en *competitiva* u horizontal (ejecutada sobre los recursos reclamados por los contrincantes en el curso de la protesta, como los *charivaris*), la acción *reactiva* (prácticas de autodefensa frente a presiones exteriores, cuando los derechos reclamados han sido establecidos o disfrutados, pero luego revocados o usurpados, como las ocupaciones de tierras) y la acción *proactiva*, desplegada en torno a reclamaciones que han sido anunciadas, pero que aun no han sido disfrutadas, como las huelgas o los pronunciamientos. La protesta proactiva suele ser una forma de acción colectiva más organizada y extensa, que sustituye la base comunitaria por otra asociativa (huelgas, manifestaciones, pronunciamientos, etc.), y es la que más ha proliferado en la época contemporánea²². La flexibilidad, o capacidad de innovación, es un rasgo común de la acción desplegada por los grupos organizados, que a menudo incorporan repertorios que les resultan poco familiares. Un claro ejemplo de ello es el origen de la huelga, propiciado por factores históricos

²¹TILLY, Charles: *From Mobilization to Revolution*, p. 156.

²²TILLY, Charles: *From Mobilization to Revolution*, pp. 143-149. En TILLY, Charles: *La France conteste de 1600 à nos jours*, París, Fayard, 1986, pp. 542-547, se simplifica esta división en dos únicos repertorios: de 1650 a 1850, un marco limitado de acción, en que la gente actúa asumiendo temporalmente las prerrogativas en nombre de la comunidad local. Desde 1850, protesta de carácter nacional, coordinado y autónomo.

como la proletarización y la sindicalización de la fuerza de trabajo. En esta obra, Tilly no avanza más en la caracterización de los repertorios, aunque rechaza la distinción, común en aquel entonces, entre protesta prepolítica y política²³.

El capítulo sexto trata de la violencia colectiva, que a veces se comporta como un receptáculo de todas las variedades de protesta, militancia, coerción, destrucción o actuación física que implican miedo o condena. Frente a las definiciones estrechas de tipo legitimista (que designan como violento cualquier uso ilegal de la fuerza física) y las amplias de tipo privacionista (que declaran violenta cualquier acción limitadora de los derechos individuales o colectivos), Tilly opta por la vía intermedia (observacional) para la caracterización de la violencia, a la que define como una interacción en el curso de la cual personas u objetos son controlados o afectados físicamente a pesar de su resistencia²⁴. Entre los hallazgos más relevantes de la obra global de Tilly está el haber destacado que la mayor parte de la violencia colectiva brota de acciones que no son intrínsecamente violentas, como en el caso paradigmático de las manifestaciones. Otra característica destacada, que nuestro autor pudo constatar en el análisis estadístico de las series documentales sobre conflictos europeos, es la extensa implicación en la violencia de los agentes represivos del Estado, como policías y soldados, hasta el punto de hacerlos responsables históricos de la mayor parte de los actos de esta naturaleza. En todo caso, la evolución de la violencia depende en buena parte de las estrategias competitivas, reactivas o proactivas reseñadas con anterioridad. También se ve influida por el ascenso de los estados nacionales a posiciones preeminentes en una gran variedad de actividades políticas, y por el creciente carácter asociativo de los principales contendientes por el poder a nivel local o nacional.

El capítulo séptimo aborda la revolución y la rebelión como ejemplos paradigmáticos de acción colectiva de confrontación. Tilly insiste que las situaciones revolucionarias deben estudiarse separadamente de sus posibles resultados, y siguiendo en parte las reflexiones de León Trotski en la *Historia de la revolución rusa*, distingue dos etapas sucesivas de un proceso revolucionario: en primer lugar, una *situación revolucionaria* que implica la aparición de la soberanía múltiple, cuando dos o más bloques sostienen pretensiones efectivas e incompatibles sobre el control del Estado, y cada uno trata de dominar un territorio²⁵. En segundo término, una *salida revolucionaria*, que conlleva una transferencia duradera del poder del Estado de unas manos a otras. En su conjunto, y de un modo ideal, los procesos revolucionarios incluirían las siguientes fases: 1) la emergencia gradual de

²³Un desarrollo teórico más pormenorizado de los repertorios “tradicional” y “moderno” de acción colectiva, en TILLY, Charles: “Speaking your Mind without Elections, Surveys, or Social Movements”, *Public Opinion Quarterly*, nº 47, 1983, p. 463; *La France conteste...*, p. 541 y “European Violence and Collective Action since 1700”, *Social Research*, vol. LIII, nº 1, 1986, p. 176.

²⁴TILLY, Charles: *From Mobilization to Revolution*, p. 176.

²⁵TILLY, Charles: *From Mobilization to Revolution*, pp. 190-199.

pretendientes y la articulación de sus pretensiones de poder mediante el inicio de su movilización para reclamar el control exclusivo del Estado; 2) el incremento de los seguidores que aceptan estas pretensiones; 3) el fracaso de los intentos del gobierno por reprimir y forzar la desmovilización, por insuficiencia, ineficiencia, inhibición o traición de sus resortes represivos; 4) los pretendientes y sus coaligados consiguen establecer su control parcial y efectivo sobre algún segmento del Estado (soberanía múltiple); 5) las luchas de la coalición alternativa por expandir o mantener ese control mediante la adquisición de más fuerza armada; 6) los pretendientes ganan, son derrotados u obligados a entrar en una coalición gobernante con los anteriores titulares del poder (cooptación), se reconstituye una única comunidad política tras el triunfo de los disidentes, y 7) se restablece el gobierno soberano y la rutina gubernamental sobre el conjunto de la población²⁶.

Tilly advierte que pocas situaciones revolucionarias han desembocado en salidas netamente revolucionarias, porque, en muchas ocasiones, los depositarios del poder estatal eliminan a los grupos que desafían la autoridad, y en otras, la guerra civil desemboca en una división permanente de la comunidad política. Las salidas revolucionarias a veces ocurren tan gradualmente o de forma tan fugaz que la soberanía múltiple no logra plasmarse de forma incontestable. Sólo en una minoría de casos, en los que los nuevos dueños del poder surgen de una situación de soberanía múltiple, podemos hablar de una revolución consumada y madura²⁷. Con semejante definición, muchas guerras civiles y luchas de sucesión pueden ser calificadas de revoluciones, del mismo modo que las tomas militares del poder, siempre y cuando se produzca una lucha armada y una ruptura en la comunidad política. Por la misma razón, la mayor parte de los golpes militares no pueden calificarse de revoluciones, desde el momento en que se producen sin una verdadera transición hacia la soberanía múltiple, y despliegan un nivel de lucha armada que no sobrepasa una adecuada exhibición de fuerzas superiores.

En el capítulo octavo, Tilly presenta un resumen de conclusiones, pero también un repertorio de nuevos problemas por resolver: una ambiciosa agenda de investigación que incluye la clasificación sistemática de la población en miembros de la comunidad política, desafiantes o neutrales; la medición de la extensión y

²⁶TILLY, Charles: *From Mobilization to Revolution*, pp. 200, 211-212 y 216-217 y *Las Revoluciones europeas, 1492-1992*, Barcelona, Crítica, 1993, pp. 241-242

²⁷TILLY, Charles: *Changing Forms of Revolution*, Working Paper 80, Center for Studies of Social Change, New York School for Social Research, 1989, p. 4. Según su trabajo "Town and Country in Revolution", en John Wilson LEWIS (ed.): *Peasant Rebellion and Communist Revolution in Asia*, Stanford, Stanford U.P., 1974, pp. 291 y 295, la salida revolucionaria puede ser triple: 1) la comunidad política preexistente reaparece aproximadamente como antes (revolución perdida); 2) una comunidad política alternativa establece el control sobre el gobierno y la población (revolución triunfante), y 3) algunos miembros de la coalición revolucionaria, con o sin miembros de la comunidad política anterior, obtienen el control sobre el gobierno y la población, y otros pierden su pertenencia cuando el nuevo régimen se consolida. Esta suele ser la más común de las salidas revolucionarias.

carácter de los modos de represión/facilitamiento, la determinación del tipo de repertorio de confrontación utilizado en cada momento, etc. Para avanzar en tan desmesurada tarea, presenta como apéndice sus propios procedimientos de sistematización y sus materiales para la clasificación y estudio de las huelgas y la violencia colectiva en Francia (más de 110.000 huelgas y 2.000 eventos violentos de 1830 a 1960) y de las manifestaciones de protesta en Gran Bretaña (8.000 reuniones contenciosas producidas desde mediados del siglo XVIII al primer tercio del siglo XIX).

Los párrafos finales de *From Mobilization to Revolution* son un alegato en favor de la cooperación entre la historia y la sociología. En todas sus obras, Tilly trató de establecer hipótesis sobre el modo en que se producían los cambios históricos y sus consecuencias, y diseñar modelos generales de esa acción colectiva²⁸. En su opinión, la sociología se movía hacia la historia por la insatisfacción generada por la débil capacidad heurística de los grandes modelos desarrollistas del cambio social a gran escala elaborados desde fines de los años sesenta. La historia podía situar la experiencia social en perspectiva y ayudar a explicarla, de modo que “el análisis histórico, si se toma en serio, nos ayudará a elaborar modelos más adecuados de las luchas por el poder”. Pero reprochaba que, hasta ese momento, los historiadores habían tratado la historia de la acción colectiva como una simple manifestación subsidiaria de la historia política, económica o social. Sin embargo, la acción colectiva transita a través de todas estas disciplinas, sigue su propio curso y reivindica su propia importancia como campo destacado, coherente y accesible del comportamiento social²⁹, abordable también desde una perspectiva de análisis eminentemente histórica.

Críticas y autocrítica a un paradigma en constante reformulación

En esta obra y en sus siguientes aproximaciones a las acciones colectivas de confrontación, Tilly destacó los componentes organizativos y estratégicos de los actos de protesta (intereses, estructura y movilización del grupo, oportunidad de la acción) donde el funcionalismo había destacado los componentes “volcánicos”; para uno, la revolución es algo que se organiza; para los otros, es algo que explota³⁰. Esta atención a lo organizativo, a lo estratégico, a la acción del Estado y a la influencia del cambio histórico aleja a Tilly de los modelos estructo-funcionalistas, que prestan escasa atención a los medios y fines políticos de la violencia, y consideran el Estado como un mero instrumento de consenso social. En contraste, le aproxima tenuemente

²⁸HUNT, Lynn: “Charles Tilly’s Collective Action”, pp. 244-275.

²⁹TILLY, Charles: *From Mobilization to Revolution*, pp. 231-232.

³⁰JULIÁ, Santos: “Sociologías de la revolución”, en *Revueltas y revoluciones en la Historia. Primeras Jornadas de Estudios Históricos, organizadas por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea de la Universidad de Salamanca*, Salamanca, Acta Salmanticensia, 1990, p. 158.

a los argumentos del marxismo, que siempre ha otorgado importancia a la articulación política del descontento social, y considerado al Estado como coacción organizada³¹.

Como era de esperar, las críticas más agudas a Tilly procedieron del campo de análisis funcionalista: sin negar la importancia decisiva de las ideologías, la organización y los programas de acción revolucionarios, los sociólogos de tradición parsoniana le reprocharon el no prestar la debida atención a las condiciones estructurales que posibilitan objetivamente las modalidades de acción colectiva. Autores como Piven y Cloward pusieron en duda que la protesta y la violencia sean actividades políticas tan “rutinarias” y “normales” como las campañas o las reuniones electorales. En su opinión, eran acciones que ocurrían en diferentes contextos institucionales y a las que se debían aplicar diferentes normas de actuación³². Otro reparo que se le opuso, y que Tilly trató de resolver en trabajos posteriores, es la ausencia de un marco de análisis válido para el acontecimiento inesperado y para la acción colectiva poco meditada, que algunos autores tratan de explicar por la intermediación cultural e ideológica y por la forja de una identidad colectiva. En sus primeros trabajos, Tilly creía que las luchas intracomunitarias y populares (venganzas privadas, vandalismo, reyertas de barriada...) constituían sólo una pequeña parte de la violencia colectiva que ocurría en una sociedad, y que, en última instancia, eran una respuesta a las amenazas y oportunidades que surgían de la lucha central por el poder, cuando ello no parece tan claro en la práctica. Por otro lado, identificó a los participantes en una acción colectiva como miembros representativos de las categorías sociales cuyos intereses articulan y expresan estas acciones, sin contar con que, muchas veces, los dirigentes y los activistas no se identifican con las aspiraciones de sus bases, sino que se mueven por sus particulares apetitos materiales o de poder. Como señaló en su momento Pareto, las relaciones entre el presunto apoyo de los participantes en una acción violenta y los propósitos de los activistas o dirigentes no siempre resultan tan directas y concordes como aseguraba Tilly³³.

Lynn Hunt reprochó a Tilly que sus hipótesis a veces no se derivaban correctamente de la literatura teórica, y adujo posibles deudas no confesadas con Durkheim en la formulación de su teoría del declive de la acción colectiva. Las implicaciones de sus investigaciones empíricas a veces no se especificaban correctamente, como por ejemplo la relación entre la capacidad de coerción y el tamaño de una organización. En ocasiones, los datos históricos que aportaba en

³¹SNYDER, David: “Collective Violence. A Research Agenda and some Strategic Considerations”, *Journal of Conflict Resolution*, vol. XXII, n° 3, septiembre 1978, p. 502 y SKOCPOL, Theda: *Los estados y las revoluciones sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 38 y 55.

³²PIVEN, Frances Fox y CLOWARD, Richard A.: “Collective Protest: A Critique of Resource Mobilization Theory”, *International Journal of Politics, Culture and Society*, vol. IV, n° 4, 1991, pp: 435-458.

³³RULE, James B.: *Theories of Civil Violence*, Berkeley, University of California Press, 1988, p. 195.

largas series estadísticas tenían una limitada capacidad heurística, ya que no proporcionaban información cualitativa de las manifestaciones más importantes de la acción colectiva. De hecho, Tilly parecía minusvalorar la acción procedente de los ámbitos local e internacional sobre el nacional, que aparece como el entorno casi exclusivo del nacimiento, el desarrollo y el declive de las protestas multitudinarias. Hunt concluye que las hipótesis nuevas o reformuladas por este autor a veces no son mejores que las que pretenden reemplazar³⁴. Desde la perspectiva marxista se le criticó que situase la política en el centro de su análisis, lo que suponía minusvalorar las formaciones económicas, ya que para el materialismo histórico la autonomía del Estado resulta muy limitada. Por su parte, Theda Skocpol criticó a Tilly que convirtiera las teorías socioestructurales en sociopsicológicas, al centrarse en analizar a los actores, frente a su propia sugerencia de investigar las condiciones estructurales que permiten que esa acción sea posible, y que considera al Estado como un actor más, no como el factor determinante de la acción colectiva en función de su capacidad de coerción³⁵. Por último, sociólogos europeos como Alberto Melucci, especialista en los procesos de formación de las identidades colectivas, censuraron que las teorías del comportamiento colectivo habían dirigido su atención a los “actores sin acción”, mientras que el paradigma de la movilización de recursos, del que Tilly fue un claro precursor, enfocaba su interés hacia las “acciones sin actores”. Al olvidar a los actores individuales, Tilly se centraba en exceso en la movilización de unos recursos que debían ser controlados por los grupos en conflicto, pero a los que no definía ni enumeraba de forma clara en su variable composición social³⁶.

A pesar de todo este alud de críticas más o menos razonadas, *From Mobilization to Revolution* se convirtió en la “Biblia” de las nuevas corrientes de análisis de la protesta social conocidas como “escuela de movilización de recursos” representada por John D. McCarthy y Mayer N. Zald y “escuela del proceso político”, animada por Sidney Tarrow y el propio Tilly. Pero el modelo de movilización propuesto por este último en 1978 tenía el defecto de ser enteramente estático, como insistió en sus años postreros, cuando apostó por las “secuencias y combinaciones de mecanismos causales”³⁷. En la siguiente década, Tilly estudió las relaciones entre los diversos niveles de confrontación y el modo en que se formaban patrones de comportamiento (repertorios de acción colectiva), que marcaban particulares períodos de cambios a través de la historia. En los libros que publicó en los años noventa, Tilly siguió destacando el papel de los cambios estructurales, económicos y políticos

³⁴HUNT, Lynn: “Charles Tilly’s Collective Action”, pp. 257-258.

³⁵SKOCPOL, Theda: *Los estados y las revoluciones sociales*, pp. 31-33.

³⁶MELUCCI, Alberto: *Nomads of the Present. Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Filadelfia, Temple U.P. y Londres, Hutchinson Radius, 1989, pp. 17-20.

³⁷TILLY, Charles: “Mechanisms in Political Processes”, *Annual Review of Political Science*, vol. 3, 2002, pp. 449-474.

en el desarrollo y evolución de los repertorios de acción colectiva³⁸, pero advirtió que la política de confrontación tenía una historia parcialmente autónoma, que no podía reducirse a ser un simple reflejo de los cambios en la organización de la producción o de las mutaciones en la estructura del poder estatal, y que la experiencia de esta protesta también tenía un impacto decisivo sobre estos cambios y sobre las salidas, actores, evolución y alternativas de la lucha popular³⁹. En la obra *Dynamics of Contention* (2006), elaborada junto con Sindey Tarrow y Doug McAdam, reconoció que la teoría clásica de la movilización de recursos había exagerado la importancia de las decisiones estratégicas deliberadas, e infravalorado la contingencia, la emotividad, la plasticidad y el carácter interactivo de la política de los movimientos⁴⁰. Además, argumentó que la agenda clásica de los movimientos sociales se había centrado en relaciones estáticas, y funcionaba mejor cuando se abordaba la acción de los movimientos sociales de forma individualizada, pero resultaba poco eficiente en el análisis de episodios contenciosos más amplios. La obra de Tarrow, McAdam y Tilly trató de superar esta carencia atendiendo, por ejemplo, a los procesos interpretativos de la interacción social, y señalando el carácter contingente, construido y colectivo de los actores, acciones e identidades en la contienda política. En consecuencia, los ingredientes clásicos de la teoría de la movilización fueron reinterpretados desde esta perspectiva dinámica: respecto de los *mecanismos dinámicos de la movilización*, más que ver el origen de un episodio de movilización había que centrarse en el proceso de movilización en general; se consideró que las *oportunidades y amenazas* no eran categorías objetivas, sino algo sujeto a atribución, que los participantes perciben o reconocen de forma diferente en cada momento; los *enclaves para la movilización* podían ser preexistentes o crearse en el transcurso de la contienda, y ser apropiados de forma activa; el *enmarcamiento* incluía la construcción interactiva de las disputas entre los desafiantes, sus oponentes, los elementos del Estado, los terceros en discordia y los medios de comunicación, y los *repertorios de acción colectiva* ya no eran concebidos como rutinas repetitivas, sino que evolucionaban como resultado de la improvisación y de la lucha, y estaban siempre sujetos a innovación, al residir en las relaciones sociales, y no en los actores o en las identidades individuales⁴¹.

Estas reformulaciones de la teoría original de la acción colectiva de confrontación dicen mucho del talante científico de Tilly: siempre autocrítico, obsesionado por afinar la capacidad explicativa de los conceptos que acuñó y por reafirmar la provisionalidad de sus hallazgos, renunció a formular leyes generales de desarrollo

³⁸TILLY, Charles: *Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*, Cambridge (Mass.) y Londres, Harvard U.P. 1995, p. 378.

³⁹TILLY, Charles: *Popular Contention in Great Britain...*, p. 37.

⁴⁰McADAM, Doug; TARROW, Sidney y TILLY, Charles: *Dinámica de la contienda política*, Barcelona, Hacer, 2001, p. 17.

⁴¹McADAM, Doug; TARROW, Sidney y TILLY, Charles: *Dinámica de la contienda política*, p. 161.

y propuso la detección y descripción de los mecanismos o dinámicas relacionales que vinculaban las transformaciones sociales específicas en tiempos y lugares particulares con los procesos generales de cambio histórico. Sus trabajos han tenido, tienen, y seguramente seguirán teniendo un gran influjo en los años venideros, al dibujar una visión estrictamente política de los movimientos sociales y de la acción colectiva militante. Su gran audacia radicó en la conciliación heterodoxa de la teoría marxista de la revolución con el utilitarismo milliano y el pensamiento de Weber sobre el papel del Estado, aunando elementos de la ciencia política, la sociología y la historia en una interpretación comprensible de la protesta colectiva, violenta o no, como forma no institucionalizada, pero normal, de participación en la política, en la que confluyen factores básicos como los intereses compartidos, la organización, el control y movilización de los recursos disponibles, los repertorios de acción y la estructura de oportunidades. Los análisis a tiempo largo de Tilly sobre la interacción entre las acciones de protesta y la acción coactiva del Estado desde perspectivas vinculadas a la sociología histórica han influido de forma decisiva en los modos en que los especialistas interesados en la dinámica social —y, en consecuencia, no sólo los historiadores— han abordado los problemas de la conflictividad social y la violencia colectiva en los últimos treinta años⁴².

⁴²Un repaso sintético al eco de la obra de Tilly en la historiografía española, en GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: “La violencia política en la España del siglo XX: un estado de la cuestión”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 38-2, otoño 2008, pp. 216-218.

2. Charles Tilly, *Regimes and Repertoires*, Chicago, University of Chicago Press, 2006.

Laura FERNÁNDEZ DE MOSTEYRÍN
lfmosteyrin@gmail.com
(F. Ciencias Políticas y Sociología UCM)

En 2001, Charles Tilly y sus colaboradores presentaron un trabajo colectivo, *Dynamics of Contention*, en el que establecían un programa de investigación para el estudio sociopolítico de la así llamada dinámica de contienda política (acción contenciosa). La ambiciosa agenda que proponían incluía una revisión de su propio modelo elaborado colectivamente a lo largo de treinta años, así como el énfasis en la importancia de episodios de conflicto como unidad de análisis, la reorientación de las explicaciones hacia la idea de mecanismos causales y procesos y, finalmente, la integración de mecanismos cognitivos, relacionales y ambientales en la propia explicación de la acción. Siendo el contexto institucional en el que la contienda política tiene lugar un elemento central del trabajo de este grupo de investigadores, el Estado y los regímenes aparecían repetidamente en su análisis como actores poderosos pero no como entidades dinámicas, contestadas y reconfiguradas en el proceso de contienda.

Regimes and Repertoires aparece a su vez en 2006 arrojando luz de una forma detallada y relevante sobre el papel de los Estados, regímenes y sistemas políticos en la propia dinámica de la contienda. Si bien este libro cobra sentido a partir del trabajo del autor durante décadas, no es necesario conocer en detalle su perspectiva antes de abordar la lectura. Su capacidad para dirigir al lector sobre las preguntas generales que guían el texto y para ilustrar reflexiones teóricas con ricas y extensas narraciones históricas, facilita y ameniza la lectura.

El texto es un análisis dinámico de los mecanismos causales que operan en la interacción entre distintos regímenes y las formas de protesta popular. Se centra en la relación y las conexiones que se establecen entre un régimen determinado y los repertorios que prevalecen en él, haciendo hincapié en cómo se influyen mutuamente, sobre todo en procesos de transición y cambio. Tilly aboga por una definición relacional de régimen, que elabora de forma operativa a partir de dos dimensiones: por un lado, la capacidad de gobierno que ostenta y, por otro lado, su grado de democratización. Además, ilustra su conceptualización gráficamente a través de la construcción de un “espacio” en el que sitúa los distintos regímenes. Las variaciones en las distintas dimensiones le permiten dar cuenta de cambios en los entornos o ambientes para determinado tipo de acciones contenciosas. En el plano de la acción,

Tilly recurre a dos metáforas teatrales que, para lectores iniciados o habituales de su obra, remiten a conceptos ya clásicos. La idea de *repertorio* hace referencia al conjunto de acciones disponibles, conocidas y aceptadas como medio de expresión de demandas políticas por distintos actores en un momento determinado. La idea de *performance* alude a acciones específicas que se ponen en marcha para la reivindicación de demandas y que son aprendidas y familiares pero, eventualmente, son innovadoras sobre la base de un “guión” compartido.

A lo largo de los primeros capítulos establece un enfoque relativamente estático y más bien clasificatorio en el que se exponen las herramientas conceptuales para la descripción y el análisis de las formas de lucha popular en contextos específicos; en concreto en la zona de influencia mutua de los regímenes con los repertorios. En el capítulo central, aborda el análisis del colapso del sistema sudafricano de *apartheid* a primeros de los años noventa y la interacción de formas de lucha popular con alteraciones en la estructura institucional. Este capítulo le permite teorizar de una forma extensa y compleja sobre las dinámicas y conexiones que se establecen entre viejos y nuevos entramados institucionales al colisionar con formas consolidadas e innovadoras de acción popular. Los últimos capítulos están dedicados a aplicar lo clarificado en las secciones anteriores a tres procesos concretos de contienda o acción contenciosa: la violencia colectiva, la revolución y el movimiento social. Mientras que los regímenes influyen en el repertorio de acciones posibles a través de la prescripción, tolerancia o prohibición de determinadas acciones (p.81), Tilly sostiene que la innovación e improvisación ocurren frecuentemente, pero en los márgenes de las acciones posibles. Se innova dentro del “canon” o patrón esperado, tolerado, aceptado y disponible.

Argumenta también cómo la historia política de un régimen genera tanto repertorios de expresión de demandas como estructuras de oportunidad política. Sobre la base de trayectorias históricas concretas, en el corto plazo, el repertorio y la oportunidad política interactúan para constreñir la frecuencia, localización y carácter del conflicto. Sin embargo, en el medio y largo plazo, las formas de lucha alteran el régimen al dar forma al conjunto de actores políticos efectivos, a las alianzas que se establecen entre los actores, a los programas y demandas, a los agentes de gobierno y finalmente al propio régimen.

Junto con la teorización permanente, el autor combina el relato histórico de numerosos episodios de conflicto en distintos contextos y momentos en el tiempo. Este estilo ha sido habitual en sus numerosos trabajos, en los que además incluye gráficos, cronologías detalladas, catálogos de episodios y otras figuras de interés que suelen hacer más fácil la lectura y la comprensión de los argumentos explicativos. Este volumen contiene, por otro lado, una alta dosis de reflexión metodológica sobre el modo concreto de abordar cada objeto de análisis, la forma en que se recoge la evidencia empírica, cómo se elabora la identificación y explicación de los mecanismos causales, el alcance explicativo del argumento y la búsqueda de explicaciones alternativas.

Sobre el modo en que da cuenta de su objeto, cabría señalar que Tilly era perfectamente consciente del alcance y las limitaciones de su propio trabajo. Su explicación de los mecanismos que operan en la zona de influencia mutua de regímenes y repertorios es, sin embargo, convincente, aun considerando la dificultad de abordar cuestiones relativas a la causalidad, aunque ciertamente su propuesta resulta hoy demasiado estructural. A pesar del detalle con el que reflexiona sobre la coherencia simbólica de los fenómenos políticos y la necesidad de considerar el propio proceso de “etiquetaje” de las formas de acción (revolución, terrorismo, revuelta), así como sobre las consecuencias de dicho proceso sobre la dinámica del conflicto, las distintas estrategias y respuestas que desencadena por parte de distintos actores, la ausencia del giro “discursivo” en su análisis es evidente. Con el énfasis en la historicidad e inmersión cultural de las formas de lucha, las narraciones y legitimaciones compartidas adscritas a cada tipo de acción (por ejemplo, la violencia) ocupan un papel subsidiario en el análisis.

Por otro lado, aun cuando desarrolla una amplia narración sobre la contienda transnacional para ilustrar sus planteamientos sobre las regularidades que rigen los procesos de acción colectiva sean revoluciones, episodios de violencia o movimientos sociales, el modelo que plantea no termina de superar el nivel estado-céntrico y por tanto, el rol de los actores internacionales y los procesos transnacionales es menos visible que el papel poderoso de la unidad estatal. El autor deja muchas cuestiones interesantes abiertas para futuras investigaciones y se permite especular con el futuro de los repertorios en el contexto de las transformaciones globales, que de forma entusiasta anima a indagar.

Hemos elegido comentar este libro porque lo creemos de enorme provecho para lectores interesados por temas relacionados con el Estado, la acción colectiva, la revolución, y los procesos más generales de conflicto político, que tanto importan a los historiadores (pero no solo a ellos). Incluso para aquéllos que mantengan perspectivas distintas y enfoques no coincidentes, será iluminador por la gran variedad de aspectos que plantea. Finalmente, será también de gran utilidad para todos aquellos que se inician en la investigación, pues el modo en que elabora sus preguntas, establece sus argumentos y reflexiona sobre sus métodos son aspectos altamente interesantes y en general escasamente explicitados. La riqueza con la que ilustra sus planteamientos pone de relieve su trayectoria multidisciplinar, y en concreto, su esfuerzo por transitar entre la sociología a la historia. Tanto por el contenido de su análisis como por sus métodos, este libro es un claro ejemplo de la labor académica e investigadora de Charles Tilly, un maestro en las ciencias sociales de los últimos cuarenta años.